Solemnidad. Epifanía del Señor.

Visitantes

Padre Pedrojosé Ynaraja

Pasaban los días lentamente. Pasaron los trámites del empadronamiento, pero José se había enfrascado en las reformas de una casa y no podía dejar, a medias, la tarea. Y lo curioso del caso es que, sin llegar a acabar la obra, ya estaba comprometido en otra. La verdad es que ya nos sentíamos vecinos de Belén. La casita era pequeña, pero nosotros no necesitábamos un palacio. Mateo continuaba viniendo por casa y ayudándonos. Cuando yo le decía: ven hijo mío, él se sentía muy satisfecho.

Nos contaba que ni era pastor, pese a que admirase el oficio, ni agricultor, pero ayudaba a su padre en las labores agrícolas. Le tocaba traerle el grano a su madre y mover de un sitio a otro el molino de mano que diestramente utilizaba ella. Algo semejante ocurría con el telar vertical. Si su madre cruzaba acertadamente la lanzadera y ajustaba las pasadas, a él le tocaba vigilar las piedras que mantenían la tensión de los hilos de la urdimbre. Se había responsabilizado del mantenimiento del borrico de José que, de cuando en cuando, necesitaba para acarrear herramientas o provisiones. No iba por la casa a diario, pero mantenía estrecho contacto con sus amigos. No se aburría nunca, porque era generoso con todos.

Los encontró eufóricos una mañana. Le abrazaron en cuanto le vieron llegar. No salía Mateo de su asombro. Notó que el mobiliario estaba cambiado. Más que diferente, estaba repleto de bultos. Sus ojazos miraban y miraban lo que en la habitación veían y lo contentos que estaban sus amigos. Por mucho que le quisieran, él les tenía mucho respeto y no se atrevía a interrumpirles nunca. Por fin se le contaron.

-¡Qué lástima que no estuvieras ayer!. Tratamos de encontrarte, pero no lo logramos y ellos tenían prisa.

-¿Pero quiénes eran ellos?

-Pues si quieres que te sea sincera, no lo sé de cierto. Gente sabía, seguro. Poderosos, probablemente también. Extranjeros, se les veía a la legua que lo eran. Llegaron juntos pero no sé si venían del mismo lugar. ¿Eran amigos entre ellos y de antiguo? Lo ignoro por completo. Lo que era evidente es que les traía a nuestra casa unos designios del Señor, ellos decían que era una estrella. Les costó un poco encontrarnos. Consultaron a los sabios por indicación del rey. Que pudieran hablar con él, es lo que me hace suponer que eran gente importante.

Lo que les interesaba a todos era mi Niño. Cuando lo vieron, se quedaron mudos, el silencio se cortaba en la habitación de tan absoluto que era. Vi que alguno lloraba emocionado. Ni José ni yo nos atrevíamos a interrumpirlos. Se notó la fragancia de

un suave perfume. Se inclinaron mucho y me pareció que rezaban en su lengua. Finalmente se levantaron. Abrazaron a José, que no salía de su asombro. Con sus gestos me decían que querían saludarme y no se atrevían. Yo tampoco sabía qué hacer. Creo que fue inspiración del Altísimo el que me acercara y les diera un beso a cada uno. Recordaba el Cantar de los Cantares, ellos sin duda, eran amados de mi Señor. Obre, pues, como había leído. Temblaban de emoción, también yo, si te he de ser sincera.

Les dije que podían tomar en sus brazos al Niño y entonces su júbilo llegó al máximo. Eran sólo hombres, pero no me sentía, yo mujer, una extraña entre ellos. También lloré y conmigo José.

Nos contaron cómo pudieron que habían visto una estrella. José y yo nos mirábamos extrañados, ninguno de los dos nos habíamos dado cuenta de que en el cielo algo había aparecido y que antes no se viera. Debido a sus estudios, sabían que un día aparecería un rey muy especial, al que debían ofrecer pleitesía. A eso venían. Aquel astro especial, estaban seguros, era el signo, el anuncio, el indicador del lugar donde había aparecido. Pero un día se asustaron, sintieron un gran temor, se desilusionaron una noche que no la distinguían. Les costó decidirse a preguntar. Tenían la sensación de que lo que ellos sabían, eran confidencias de lo Alto, que no podían divulgar a un cualquiera. Por fin se decidieron a preguntar. Algo supieron informarles. Los que les explicaron lo que ellos sabían por sus libros y quien estaba sobre ellos, se notaba que a ninguno les hizo gracia sus pesquisas. Por mucho que les pidieron que a la vuelta, si sus indagaciones habían tenido éxito, pasaran a contárselo, que a ellos también les interesaba lo que les había traído a tierras de Judá, tenían la sensación de que no eran sinceros.

Por el camino, muy cerca ya de aquí, sintieron como si nubarrones plomizos los envolvieran y aislaran del entorno. Alguien les dijo: cuando consigáis vuestro propósito, cuando encontréis al Rey que buscáis, volveos enseguida a vuestros países, sin deteneros ni contar nada a nadie.

¡Qué bien se está aquí repetían muchas veces! Les costaba dejar de mirar a la Criatura. Medio avergonzados nos rogaron que aceptásemos unos pequeños regalos. Que viésemos su buena voluntad. Que rogásemos a Dios por ellos. Que cuando el Niño fuera mayor, le hablásemos bien de ellos y le dijesen que nunca le olvidarían.

Traían unos cofres, de ellos sacaron esto que ahora estás viendo: oro, incienso y mirra. Mateo, tienes que ayudarnos, no sabemos cómo debemos emplearlo. Nunca en Nazaret habíamos tenido estos regalos. Ni el día de nuestra boda recibimos algo semejante…

El chico les dijo que le dejaran ver al Niño. Le pareció cambiado. Le dio un beso y la criatura le sonrió. Lloró de emoción. Se le acercó María y le abrazó. Todo esto era demasiado para él. Sabía que no estaba bien lo que iba a hacer, pero lo hizo. No podía resistir su emoción y le daba vergüenza de que le vieran llorar. Huyó corriendo. José y María lo entendieron, se miraron uno al otro y sonrieron.

Por la tarde volvió mohíno a pedir perdón y a ofrecerse como siempre. Les traía cuajada y carne asada y en un cuerno aceite del olivar de su tío. Se lo agradecieron mucho y le consolaron. Marcharse de aquel modo era propio de su edad.

María le dijo que cuando se había ido a visitar a Isabel, también había sido un poco para huir del lugar asombroso donde Gabriel le había comunicado los designios del Señor y que temblaba al recordarlo, no de miedo, sino de vergüenza por los elogios que había escuchado y que venían del Altísimo.

Mateo se calmó. Les prometió encontrar la manera de guardar todo aquello. Y lo logró.

Pasaron los días, no muchos. Una mañana se presentó José en casa de Mateo, venía nervioso, pero no atolondrado. Le dijo que quería hablarle confidencialmente, en un lugar donde nadie pudiera oírles. Le comunicó que había recibido un encargo del Señor, que debían marchar de inmediato de Belén. Venía a comunicárselo porque era el único amigo que tenían en la ciudad y porque necesitaba el borrico que él les había estado custodiando. A Mateo la seriedad con que le hablaba le impresionó, sentía un cierto orgullo al ver que se le confiaba un encargo de Dios, lamentaba que se fueran ¡habían significado tanto en su vida! ¡le querían tanto! ¡los quería tanto!.

Ellos le habían descubierto que Dios es misterio, que el hombre en su vida topa con el misterio, que es preciso aceptarlo e imposible pretender entenderlo. En aquella familia había descubierto un nosequé, que en ningún otro sitio encontraba…pero precisamente porque había descubierto todo esto, debía aceptarlo y colaborar ahora.

Marcho con José, acompañándolo, a despedirse de María y del Niño, que ya había aprendido a conocerle. Lloró. Lloró más cuando en secreto le dijeron que se tenían que ir a Egipto, ¡a esa tierra de desterrados y fugitivos precisamente! ¡Qué despedida tan triste para los cuatro! Hasta parecía que el Niño se diera cuenta cuando se puso a llorar.

EL MISTERIO DE LOS SANTOS INOCENTES.- Al cabo de unos días, llegaron los soldados y recorrieron el pueblo. Buscaban niños, cualquier niño pequeño que pudiera haber en Belén, querían encontrarlo. Su búsqueda era malvada, trágica. A todos los que cogían, los mataban.

Si la muerte de cualquier niño es un misterio, matarlo es todavía más. Se pregunta uno de inmediato quien es el culpable. En el segundo caso, cuando se trata de un asesinato, uno piensa que clase de persona es aquella que lo ha perpetrado o ha dado orden de hacerlo. Tanta malignidad nadie la entiende.

Supieron pronto los vecinos que quien lo había decretado era Herodes. Nadie se extrañó, su maldad era proverbial y conocida de todos. Pero ¿Por qué a los niños de Belén? Lloraron las madres, lloraron los padres y los abuelos. Nadie era capaz de consolarles.

Nacerían más tarde otros niños en la población y esos sí pudieron vivir. A las víctimas de Herodes, cuando se supieron muchas cosas que entonces nadie sabía, se les llamó santos, se dijo que eran santos. Su historia ha consolado más tarde a muchas madres que sin saber por qué han visto morir a sus hijos.

Cuando en la Eternidad se encontraran con el Señor resucitado, como cuando el patriarca que en la corte del faraón de Egipto acogió a sus once hermanos, también Jesús les diría: venid conmigo, soy vuestro hermano. No os podéis acordar de mí porque erais demasiado pequeños. Moristeis víctimas de un poder injusto y malvado. Yo también lo fui. Ahora, aquí que no existe memoria, todo nos es actual, estáis conmigo, vuestra inocente infancia alegra el Cielo…